

suntas autorizaciones o sus previos referendos, en comentarios de todo género, era cierto.

Se esperaba, por lo tanto, una reacción gubernamental que podría tener muy diversas consecuencias, a tenor de cada particular criterio. Y no se pensaba, en cambio, seguramente, por falta de costumbre, que el Gobierno, de acuerdo con la línea de apertura informativa anunciada, asimilase, en silencio, sin comentarios, con absoluto respeto a las discrepancias opinativas o a las interpretaciones personalistas, las declaraciones a que nos referimos.

No la tempestad, pues nunca la hubo, sino las predicciones de temporal político y la marea viva de los comentarios se van aplacando. Lógicamente, no podía ser de otra manera.

No se consideran asunto de Consejo tales declaraciones, ni como conjunto ni por titularidades concretas, y se respeta la legítima libertad de expresión de las voces sociales; muy calificadas, por cierto, en este caso. Por otra parte, con buena lógica, se han respetado igualmente las réplicas a las afirmaciones que originaron la sorpresa, la expectación y el revuelo.

La actitud del Gobierno, en esta ocasión, no puede merecer otra cosa que no sea elogio pleno, sin salvedad alguna, sin reservas. Es una actitud congruente con su programa, seria, digna y verdaderamente enmarcada en el campo de juego de un entendimiento político democrático de las posturas diversas y de las tendencias y opiniones distintas o incluso discrepantes.

Al modo usual de hacerse y vivirse la política en el país, tanto desde el Gobierno como desde las tribunas o emplazamientos de influencia social, le hacen falta grandes dosis de ponderada serenidad, de apertura cierta y de capacidad de asimilación sin réplica oficial avasalladora, contundente o represiva.

Porque aquí, en el conflicto terreno de las críticas y las divergencias, de las discrepancias y los desacuerdos, continuamos muy alejados de los patrones europeos, lo mismo para manifestarlos que para recibir, con tranquilo talante, su impacto. Y otro tanto se puede escribir de las adhesiones incondicionales, de los acatamientos ciegos y los partidismos absolutos, en los que siempre se trasluce más pasión que razonada conformidad o libre acuerdo.

El acierto o el error que puedan subrayarse en las declaraciones y subsiguientes comentarios, no interesan a la meditación que motiva éste. Todos, bien cabe admitirlo, han jugado bien y correctamente su carta.

Pero el Gobierno la ha jugado, además, con clara ejemplaridad; con civismo desde el poder; con limpia tolerancia. Y queda, sin duda, fortalecido.

Ocasión tentadora para expresar, desde estas columnas, el deseo de ver instalado y consolidado en nuestras costumbres políticas un uso de las opiniones públicas, incluso polémicas, atemperado a una serena exposición de las ideas y respetado por el poder político, si se mantiene, aun en casos de crítica o de discrepancia, en el ámbito de las libertades reconocidas.

## UNA ACTITUD LOABLE

Con evidente pesimismo, quizá explicable en su momento, se diagnosticó, en artículo bien trazado y memorable por las glosas y referencias escritas a su hilo, que el Gobierno Arias se había desgastado en semanas lo que otros Gobiernos se deterioran en años, al servicio de su debida función de poder.

Daba pie a esta estimación una actitud gubernamental ambigua o poco bien definida, en principio, luego negociadora y más concreta, frente a una homilía, tampoco clara y publicada con notoria inoportunidad.

En pasados días, aun recientes, han coincidido declaraciones políticas sea cual fuere la validez de su contenido cuya publicación colocaba al Gobierno en situación difícil, si el enjuiciamiento que se hizo de las mismas y de sus pre-